



El terrorismo es una plaga universal.

PSIQUISMO

¿Por qué muchos secuestrados acaban sintiendo simpatía por sus secuestradores?

Con la ola actual de terrorismo estamos comprobando, ciertamente, cómo se repite (en España y fuera de España) la asombrosa actitud de muchos rehenes, una vez en libertad. Rara vez condenan, en efecto, a los terroristas que les han hecho permanecer, días y días, bajo la amenaza del asesinato final.

Este modo de reaccionar es el famoso *síndrome de Estocolmo*; extraña piroeta psicológica estudiada por diversos científicos: Strentz (1980), Ochberg (1983), etc. En España es el doctor Alonso Fernández, catedrático de Psiquiatría, quien ha analizado el tema.

Síndrome de Estocolmo: Puede transformar también al secuestrador

El síndrome de Estocolmo recibió este nombre por un episodio ocurrido en la capital de Suecia. Era el año 1974. Un ladrón de bancos, Olsson, mantuvo secuestrada durante varios días a la joven Kristin. A lo largo del secuestro Kristin se enamoró del secuestrador (acabaría casándose con él). Y, ya liberada, increpó públicamente al primer ministro acusándole de no comprender los puntos de vista del ladrón.

Esta segunda parte es propia también, por cierto, del síndrome de Estocolmo: animadversión por el Gobierno y la policía. De modo que la opinión pública se siente decepcionada, una y otra vez, al observar que la víctima no tiene unas palabras de agradecimiento para sus salvadores. O son palabras escasas y forzadas.

Y, ¿por qué se produce tan curiosa reacción?

El síndrome de Estocolmo tiene

su causa en el miedo. Miedo intenso. Es una reacción de pánico. Un mecanismo *inconsciente* para salvar la vida.

El rehén se encuentra asustado en manos del secuestrador, que puede matarlo en cualquier momento. Y además ve que depende de él por completo: para comer, para romper la soledad, para seguir viviendo. Es un doble sentimiento, por lo tanto, de temor y de dependencia. El mismo que tiene el niño, precisamente, en relación con los adultos.

Se produce en el rehén, en efecto, lo que Freud llamó *regresión*: psicológicamente *regresa*, retrocede a los modos de sentir y a las actitudes de la infancia. Y busca por ello —sin caer él mismo en la cuenta, por supuesto— una solución infantil, inmadura: se identifica con el secuestrador. Con sus puntos de vista. Para congraciarse con él y hacerse perdonar. Y así, ignorando

las raíces de su propia transformación, va coincidiendo progresivamente con las razones y actitudes de los terroristas. O, por lo menos, las comprende.

Este mecanismo de defensa (*identificación con la persona temida*, según la terminología psicoanalítica) existe potencialmente en todos nosotros. Y se da a menudo —en grado menor, podríamos decir— durante la vida diaria. Cuando un oficinista timorato habla con su director, por ejemplo, ¿no procura coincidir con las afirmaciones y ocurrencias del temido jefe? ¿No se está identificando con él? Sólo que, en el síndrome de Estocolmo, la identificación no resulta tan artificial; sino realmente profunda y auténtica por partir de un dramatismo grande y por haber regresado el rehén a una inmadurez infantil. Una identificación que cala de verdad en la persona. De modo que esta simpatía por los terroristas puede durar mucho